

3

LA PAZ DE CENTROAMERICA Y LA ACCION DEL GRUPO DE CONTADORA

Gonzalo J. Facio

GONZALO J. FACIO

Abogado. Profesor universitario. Exministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica.

E

El Grupo de Contadora surgió en el año 1982, en el marco de la Conferencia de Paz en Guatemala, convocada por el presidente guatemalteco y el presidente salvadoreño, con el objetivo de promover la paz en Centroamérica. El grupo está formado por los países de Centroamérica: Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Su objetivo principal es promover la paz y la reconciliación en la región, así como la cooperación económica y social entre los países miembros.

El Grupo de Contadora ha desempeñado un papel fundamental en el proceso de paz en Centroamérica. Ha promovido la negociación entre las partes en conflicto, así como la implementación de acuerdos de paz. Además, ha trabajado en la promoción de la democracia y el desarrollo económico en la región.

El Grupo de Contadora ha logrado importantes avances en el proceso de paz en Centroamérica. Ha promovido la negociación entre las partes en conflicto, así como la implementación de acuerdos de paz. Además, ha trabajado en la promoción de la democracia y el desarrollo económico en la región.

Conferencia dictada por el doctor Gonzalo J. Facio ante los alumnos de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional. Salón de Sesiones de la Municipalidad de Heredia, 9 horas del 30 de abril de 1984.

El señor Director de la Escuela de Relaciones Internacionales me propuso desarrollar el tema: "El Grupo de Contadora: Una acción ante la crisis centroamericana". Estimé que ese título podría dar una connotación equivocada a mi disertación. Porque yo no creo que el Grupo de Contadora esté realizando una acción efectiva para la solución de la grave crisis que atraviesa Centroamérica. Por ello preferí titular mi conferencia así: "La Paz de Centroamérica y la Acción del Grupo de Contadora". Título que plantea el problema de la paz en el istmo y no adelanta ninguna connotación calificativa de la acción que el Grupo de Contadora ha realizado para lograr ese objetivo.

ANTECEDENTES

Es indispensable tener presente que fue a instancias del gobierno de Méjico que se reunieron en la isla panameña de Contadora los cancilleres del propio país proponente, más los de Panamá, Colombia y Venezuela. El grupo ministerial que decidieron formar en dicha reunión se conoce, desde entonces, como Grupo de Contadora.

Por circunstancias que se harán evidentes en el curso de mi disertación, aunque el Grupo de Contadora no ha logrado ningún éxito en sus esfuerzos pacificadores, sí ha logrado un enorme respaldo internacional para sus supuestas gestiones de paz. En forma casi ritualística, gobiernos extranjeros con posiciones antagónicas, organismos internacionales y asociaciones partidistas le han rendido

pleitesía, en forma tan abierta, que hoy día poner en duda la efectividad de Contadora casi equivale a cometer herejía.

Cualquier análisis objetivo del Grupo de Contadora necesita iniciarse teniendo presente que, como queda dicho, fue el gobierno de Méjico quien propuso su formación, y agregando que, de hecho, ha sido el canciller mejicano Sepúlveda, quien lo ha dominado. También es necesario destacar que, en su primera declaración pública, emitida en la propia isla escenario de su reunión, los del Grupo manifestaron su apoyo a lo que por entonces se conocía como el Plan de Paz del Presidente López Portillo.

LA DECLARACION FRANCO-MEJICANA SOBRE LA GUERRA CIVIL DE EL SALVADOR

Los gobiernos de Francia y de Méjico, individualmente, le habían venido dando su apoyo al régimen sandinista. Lejos de inmutarles, pareció satisfacerles la dirección leninista que tomaba el grupo dictatorial de los comandantes, adobado como estaba todo el proceso con energúmenas manifestaciones contra "el imperialismo yanqui". En el mes de agosto de 1981, los gobiernos de Méjico y Francia decidieron emitir una declaración conjunta en la que, no sólo reiteraron su apoyo al régimen de Nicaragua, sino que reconocieron al Frente Farabundo Martí, y a su diminuto mascarón de proa, el Frente Democrático Revolucionario (FDR), como legítimo representante del pueblo de El Salvador, exigiendo que se le llamara a formar gobierno.

Esta evidente intervención en los asuntos de El Salvador, no tenía siquiera la excusa de favorecer los intereses de la mayoría de los salvadoreños. Por el contrario, buscaba apoyar a sectores extremistas que ya se sabían muy minoritarios, como se



Gonzalo J. Facio

ha puesto en evidencia en las elecciones de 1982 y de 1984.

La declaración interventora franco-mejicana conmovió a las naciones latinoamericanas. Diez gobiernos de distintas tendencias, los de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Guatemala, Honduras, República Dominicana, Paraguay y Venezuela (con la notoria abstención del gobierno de Costa Rica), hicieron una declaración conjunta el día 2 de setiembre de 1981, condenando la declaración franco-mejicana como un inaudito acto de intervención en los asuntos salvadoreños, que lejos de contribuir a la solución de sus problemas, tendía a agravarlos, al tratar de internacionalizarlos. Además, los diez gobiernos latinoamericanos manifestaron su respaldo a los dirigentes políticos y militares democráticos de El Salvador, en su lucha por alcanzar la paz y lograr la justicia social dentro de un sistema pluralista democrático.

No obstante ese pronunciamiento, la declaración franco-mejicana recibió el respaldo del Grupo de los No Alineados, de la Internacional Socialista y, desde luego, de la mayoría mecánica que opera en Naciones Unidas manipulada por el bloque soviético.

LA DERROTA DE MEJICO EN LA OEA

Alentado por el apoyo recibido por los gobiernos populistas y por los pro soviéticos, el go-

bierno de Méjico propuso a la Asamblea General de la OEA, reunida en la isla caribeña de Santa Lucía en noviembre de 1981, una resolución de respaldo al régimen sandinista, y una condenatoria de las elecciones que se iban a celebrar en marzo de 1982 en El Salvador. En vez de las elecciones, los mejicanos proponían que la OEA apoyara negociaciones destinadas a que se formara en El Salvador lo que han dado en llamar un gobierno compartido, formado por los del Frente Farabundo Martí y por elementos progresistas del actual gobierno. Igualmente proponían que se desmantelaran las actuales Fuerzas Armadas, y en su reemplazo se organizara un ejército popular con participación significativa de los guerrilleros. O sea que no sólo se desechaba en la propuesta mejicana el recurso de las elecciones como medio para constituir gobierno, sino que se pretendía que se repitiera en El Salvador lo que habían hecho en Nicaragua las guerrillas sandinistas.

Afortunadamente, la propuesta mejicana fue totalmente derrotada en la OEA. Sólo obtuvo el poco prestigioso voto de las dos dictaduras marxistoides que entonces formaban parte de la Asamblea: la de los comandantes sandinistas, y la ahora desaparecida del Movimiento de la Nueva Joya, que dirigía Bishop.

Con estos antecedentes no es fácil explicar cómo, después de lo sucedido en la OEA en noviembre de 1981, el canciller Sepúlveda pudo convencer, en enero de 1983, a los cancilleres de Panamá, Venezuela y Colombia —cuyos Estados habían votado en contra de la proposición mejicana—, que en la primera reunión de Contadora avalaran el citado Plan de Paz del Presidente López Portillo, que prácticamente constituyó la base de la derrotada propuesta mejicana en la reunión de Santa Lucía.

LA PECULIAR POSICION DE MEJICO

Lo que sí es fácil de explicar es por qué Méjico ha adoptado esas tesis de franco apoyo a los guerrilleros marxista-leninistas, y, de paso, por qué critica en forma tan energúmena a quienes en Latinoamérica tienen relaciones amistosas con el gobierno del presidente Reagan.

Rico en historia, recurso y arte, Méjico es un país muy diferente a todos los otros de Latinoamérica. En su obra *El Ogro Filantrópico*, Octavio Paz sostiene que Méjico, como el Dios de los cris-

tianos, es trino y uno: Hay un Méjico azteca, un Méjico español y un Méjico moderno. Pero a la vez, todos son uno solo, muy peculiar.

Esta peculiaridad se refleja en su sistema político, que escapa a las clasificaciones tradicionales. Méjico no es una democracia en el sentido clásico, porque en realidad sólo el partido oficial, el PRI, tiene opción al poder. Las elecciones son un mero formalismo. El Presidente de la República mejicana concentra más autoridad que un emperador absoluto, pero tiene limitada tal autoridad a un período de seis años. Vencido su término la figura del que fuera presidente todopoderoso se desvanece para darle su lugar al nuevo príncipe del PRI, con su nuevo equipo. Pero si no es democrático, Méjico tampoco es un sistema autoritario al estilo de las dictaduras del Cono Sur. Porque allí no imperan castas militares. Tampoco es Méjico un Estado totalitario leninista.

Aunque la política oficial del PRI es retóricamente socialista, en la práctica existe en Méjico uno de los regímenes capitalistas más arcaicos de América. La miseria azota sin esperanza a cientos de miles de campesinos y a millones de refugiados que en cantidad creciente se acumulan como marginados en las grandes urbes. Y, por otra parte, los ricos mejicanos son mucho más opulentos en proporción muchísimo mayor que la de cualquier otro país latinoamericano.

Sin embargo, pese a sus contrastes económico-sociales y a sus peculiaridades políticas, y pese a la crisis fiscal y monetaria que ahora está atravesando, Méjico se proyecta con gran fuerza en el campo internacional. Su nueva riqueza petrolera, y el hecho de ser la nación hispanoamericana de mayor peso económico y demográfico, además de la estabilidad de su peculiar sistema político, han otorgado a Méjico una influencia creciente en nuestra América, y, en especial, en el área del Caribe.

EL HEGEMONISMO SOVIETICO

Por esas razones, el hecho de que Méjico muestre simpatías por las revoluciones centroamericanas, tiene una gran importancia para quienes buscan ocultar la penetración soviética. Porque, de esa manera, el apoyo de Méjico se utiliza para alegar que en esos países no nos encontramos con la amenaza comunista, sino ante la lucha de unos revolucionarios nacionalistas que tratan de liberar a sus pueblos de la tiranía de las castas militares ser-

vidoras del imperialismo yanqui. O sea que, porque Méjico los apoya, se pretende presentar a los movimientos marxista-leninistas de Nicaragua, El Salvador y Guatemala como sinceros revolucionarios al estilo de los revolucionarios mejicanos de 1910, que han desarrollado desde entonces una gran nación, cuyo sistema, aunque no sea democrático, no ha tenido consecuencias adversas ni para Méjico ni para el resto del Hemisferio Occidental.

Sin embargo, no es difícil demostrar que las revoluciones nicaragüense, salvadoreña y guatemalteca han sido desviadas y secuestradas por el marxismo-leninismo internacional, y sometidas a la tutela soviética, a través de Cuba. Y tampoco resulta difícil demostrar que el hecho de que Méjico apoye una revolución, signifique que lo haga porque se trate de una revolución nacionalista a lo mejicano.

Al contrario, se puede señalar que Méjico ha venido apoyando a la revolución cubana, que es la menos nacionalista, la más totalitaria y la más alienada de las revoluciones americanas. El gobierno cubano es, indudablemente, uno de los más despóticos en lo interior, y uno de los más agresivos sirvientes del imperialismo soviético en lo exterior.

La extraña posición de Méjico, arcaicamente capitalista en lo interior, pro cubana y pro sandinista en lo exterior, pareciera obedecer a una estrategia según la cual, por el hecho de tomar la defensa de los revolucionarios marxista-leninistas en otros países del Caribe, el gobierno del PRI cree que evitará que los leninistas pretendan llevar a Méjico el proceso revolucionario pro soviético que los mejicanos impulsan en otros países del área.

Además, al favorecer las posiciones de los enemigos de Estados Unidos, satisfacen el ego mejicano, humillado por las depredaciones territoriales que en el pasado hizo víctima a su país el coloso del Norte, y por el hecho de que ahora ese vecino muestra un prodigioso desarrollo económico con justicia social, dentro de un régimen de libertades, que los mejicanos no han podido ni comenzar a alcanzar.

Méjico ha llevado al seno del Grupo de Contadora su apoyo decidido a la consolidación del régimen leninista de los comandantes, a quienes considera como los legítimos representantes del pueblo de Nicaragua. En cambio, considera espúreo al régimen democrático de El Salvador, producto de elecciones libres.

De allí que, mientras predomine la influencia mejicana, el Grupo de Contadora no puede tener una visión objetiva de la crisis, sin la cual es imposible que ofrezca una solución constructiva al problema bélico que acongoja el istmo.

LAS ERRADAS TESIS DEL GRUPO DE CONTADORA

En el fondo, las tesis del Grupo de Contadora parten de dos posiciones lamentablemente erradas: (a) No toman en serio, o más bien deciden ignorar la existencia de un plan del poder soviético para extender su hegemonía al istmo centroamericano, plan que es parte importante de la doctrina leninista de la revolución mundial de *pueblos proletarios* en vez de *hombres proletarios*; y (b) Equipara moral y estratégicamente a los revolucionarios leninistas, sometidos a la dirección cubana, con los reformadores democráticos, que buscan inspiración y apoyo de Estados Unidos de América.

Esas concepciones erradas han llevado al Grupo de Contadora a sostener que la crisis bélica que confronta Centroamérica obedece a una mera confrontación de las superpotencias, considerando implícitamente como igualmente responsables de esa confrontación al defensor norteamericano de los gobiernos agredidos, y al agresor soviético y sus satélites.

Y de ese falso argumento concluyen los de Contadora que la paz de Centroamérica se alcanzaría fácilmente con sólo que las dos superpotencias se retiren del istmo, dejando que las facciones que ahora luchan apoyadas por las respectivas superpotencias, negocien entre sí, con la mira de formar un gobierno de unidad nacional.

Es evidente que, en la práctica, ese plan conduciría a que Estados Unidos deje desamparados a los pueblos agredidos, en tanto que la Unión Soviética continuaría apoyando encubiertamente la subversión. También conduciría a que, al sentirse abandonados por la superpotencia occidental, los gobiernos centroamericanos negocien con las guerrillas leninistas su ingreso al gobierno.

Y, como lo ha revelado una vez más la reciente experiencia de Nicaragua, dondequiera que los guerrilleros marxista-leninistas son llamados a compartir el gobierno, pronto se quedan con todo el poder, eliminando gradualmente a sus colaboradores democráticos, e iniciando, de inmediato, la construcción de un Estado totalitario, cuya políti-

ca internacional someten a los intereses del poder soviético.

Para demostrar lo errado de estas tesis que prevalecen en el Grupo de Contadora, permítanme remontarme al vuelco que le dio Vladimir Lenin a las tesis de Karl Marx sobre la revolución mundial.

El examen, aunque sea somero de las tesis leninistas, nos permite entender mucho mejor lo que está sucediendo en Centroamérica. Y la falta de atención a estas tesis hace que el Grupo de Contadora distraiga sus esfuerzos en la elaboración de objetivos teóricos para lograr la paz, que no tienen ninguna posibilidad práctica mientras existan en Centroamérica regímenes gobernantes o grupos guerrilleros poderosos, que están totalmente al servicio de esa cosmovisión leninista de la revolución mundial.

MARX NUNCA PRESTO ATENCION AL TERCER MUNDO

Como es sabido, Karl Marx jamás dio importancia a los países de la periferia, ahora denominados "del Tercer Mundo". Las condiciones objetivas para la revolución comunista sólo podrían darse, según Marx, en los países industrializados que habían alcanzado el estadio pleno del capitalismo. En esos países desarrollados, afirmaba el profeta del comunismo, las contradicciones inherentes al sistema capitalista habrían de cavar su propia sepultura.

Pero ya en la segunda década del siglo XX se hizo evidente el fracaso de las predicciones de Marx sobre la autodestrucción del sistema capitalista. En vez de una concentración creciente de la riqueza, ésta se había distribuido más que nunca. En vez de un progresivo empobrecimiento de la clase obrera, ésta gozaba cada día de mayores beneficios y mejores salarios. En vez de limitarse las posibilidades de inversión y desarrollo, el genio de los industriales y financistas burgueses las habían multiplicado. El capitalismo había producido, al iniciarse la Primera Guerra Mundial, el período de progreso económico y social más acelerado de toda la historia de la humanidad.

Para salvar el comunismo, Lenin decidió rectificar los postulados de Marx sobre la revolución mundial. El capitalismo, sostuvo Lenin, no se autodestruiría, como lo creía el gran profeta del marxismo. La fuerza motriz de la revolución ya no la constituirían las clases trabajadoras de las grandes

urbes capitalistas, porque gracias a la explotación imperialista de los países coloniales y dependientes, los capitalistas sobornan a los obreros de las naciones industrializadas y los convierten en agentes de la burguesía. Por eso, concluía Lenin, en su libro publicado en 1916, **El imperialismo, estadio supremo del capitalismo**, la revolución de **hombres proletarios** debe sustituirse por una revolución de **pueblos proletarios**. Y tal revolución puede y debe comenzar en un país semifeudal, como la Rusia de los Zares. Y debe continuar, luego, con el apoyo y bajo la dirección rusa, en los países de la periferia (sean los del Tercer Mundo). Sólo así, mediante la conquista revolucionaria del Tercer Mundo, la que luego sería la Unión Soviética habría de cercar a los países capitalistas para forzar en ellos la revolución comunista.

EL CATECISMO LENINISTA

El triunfo de la revolución bolchevique en 1917, permitió a Lenin comenzar a poner en práctica su tesis sobre la revolución mundial. El Segundo Congreso de la Internacional Comunista (conocido como la Tercera Internacional) reunido en Moscú en 1926, tomó como base la nueva doctrina leninista para elaborar lo que podría denominarse el Catecismo Marxista Leninista, brevario elemental de las tesis de Lenin sobre la revolución comunista en los países del Tercer Mundo, cuidadosamente redactado en términos accesibles hasta para los semianalfabetos, entre los que habrían de reclutarse, principalmente, los guerrilleros tercermundistas.

Durante los primeros cuarenta años, el poder soviético aplicó con éxito las tesis leninistas en Asia y África. La revolución comunista en los países del Tercer Mundo afro-asiático no trajo a los pueblos que la sufrieron ningún mejoramiento en sus condiciones de vida. Pero sí los amarró al carro de guerra de la Unión Soviética. Y los dotó de paciencia para continuar el cerco de los países capitalistas, en la creencia de que con la rendición final de las naciones industrializadas, se alcanzaría el triunfo de la revolución mundial, y comenzaría, entonces, su verdadera redención económico-social.

LA REVOLUCION FIDELISTA

Los líderes soviéticos ansiaban llevar la revolución comunista a la América Latina, pero no se atrevían a desafiar a Estados Unidos en su propio hemisferio. La revolución encabezada por Fidel Castro y el sometimiento total de Cuba a la direc-

ción del Kremlin, constituyó un inesperado regalo para los jefes de Moscú. Una vez que contemplaron estupefactos cómo Estados Unidos toleraba la traición de Fidel Castro, los líderes soviéticos se convencieron que lo que ellos más anhelaban, pero que no se atrevían a iniciar, estaba al alcance de sus manos: cercar con países satélites del poder soviético a la primera potencia capitalista mundial.

Esto explica, por sí solo, la gran resonancia de la revolución cubana. No se trataba ya de un simple incidente local, de un cambio radical de gobierno en un pequeño paísecito del Caribe. Con la revolución cubana la cosmovisión leninista lograba, por primera vez, afianzarse en forma de sistema de poder en el Hemisferio Occidental, lo que, para los propios dirigentes soviéticos, parecía un sueño irrealizable en la década de los cincuentas.

Y, como era de esperar, desde la consolidación de la revolución fidelista, se inició en Latinoamérica la lucha por extender el poder soviético. Los intentos de conquistar varios países sudamericanos, por medio de las guerrillas urbanas y rurales, fracasaron rotundamente. Como les fracasó en Chile la táctica de infiltrarse en el poder mediante coaliciones electorales, para realizar, desde el gobierno de Allende, la construcción del Estado totalitario comunista.

El resultado de estos intentos fue el establecimiento de regímenes militares autoritarios en Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay, todos los cuales, a diferencia de lo que hicieron los regímenes totalitarios de Cuba y Nicaragua, se declararon transitorios, prometiendo que sólo se mantendrían en el poder hasta tanto se dieran las condiciones de seguridad necesarias para regresar al sistema democrático.

LA OFENSIVA SOBRE CENTROAMERICA

Estas derrotas de los leninistas hicieron que Moscú, en concordancia con La Habana, fijara sus ojos en la región del Caribe, considerándola más propicia para la extensión del hegemonismo soviético a la tierra firme americana.

De todo el Caribe, el istmo centroamericano ofrecía el mejor blanco para los ataques del leninismo. Con excepción de Costa Rica, las naciones centroamericanas padecían gravísimos problemas sociales, y sus fuerzas armadas politizadas, a diferencia de las muy profesionales del Cono Sur, se

habían convertido en el brazo armado de los intereses oligárquicos.

Era y es fácil instar a la insurrección al pueblo centroamericano, sometido a prolongadas dictaduras militares, que habían mantenido un alto nivel de analfabetismo, un régimen arcaico de propiedad de la tierra, y una gran concentración de riqueza en pocas manos.

Las guerrillas marxista-leninistas, entrenadas y armadas en Cuba, sólo tenían que esperar que uno de estos pueblos se alzara contra el tirano de turno, para infiltrarse en sus filas y adueñarse del poder.

La oportunidad se presentó en Nicaragua en 1978 y 1979. La inmensa mayoría del pueblo nicaragüense, hastiado de la dictadura dinástica de los Somoza, se lanzó a la lucha en busca de su libertad. Su gesta fue vista con simpatía por todos los pueblos de América. La OEA le dio un respaldo inusitado a los rebeldes, entre los que las guerrillas sandinistas formaban una reducida minoría. Pero esta minoría, férreamente disciplinada, estaba preparada para aprovecharse de la oportunidad y quedarse, al final de la lucha, con todo el poder. Y lo lograron porque los gobernantes y los partidos políticos socializantes que les prestaron ayuda a los rebeldes, debiendo saber cómo actúan los marxista-leninistas, sobre todo cuando tienen el abierto apoyo de Cuba, colaboraron, por acción u omisión, a que los marxista-leninistas, sin ganar una sola batalla militar decisiva, controlaran el gobierno y las nuevas fuerzas armadas nicaragüenses.

Consolidada la victoria en Nicaragua, el marxismo-leninismo dirigido desde Cuba redobla ahora sus esfuerzos por tomar el poder por la fuerza en El Salvador, en Guatemala y en Honduras, y por infiltrarse dentro de los partidos socializantes de Costa Rica, para tratar de realizar en nuestro país, donde no hay ejército, lo que las fuerzas armadas chilenas les impidieron hacer dentro del gobierno de Salvador Allende.

La Comisión Nacional Bipartidista que nombró el presidente Reagan para que estudiara la crisis centroamericana e hiciera recomendaciones sobre la política de Estados Unidos hacia esta región, cumplió a cabalidad el requerimiento del gran presidente norteamericano. Su informe, que se publicó en la segunda semana de enero, arroja raudales de luz sobre la problemática centroamericana. Con respecto del tema de la revolución sandinista, el in-

forme coincide con los puntos de vista que acabo de exponer. Dice lo siguiente en uno de sus importantes párrafos:

"Nicaragua es, por tanto, una plataforma continental, un puente indispensable para los esfuerzos cubanos y soviéticos de promoción de la insurgencia armada en Centroamérica. Su ubicación sirve para explicar por qué la revolución nicaragüense de 1979, al igual que la cubana de 20 años antes, fue una coyuntura decisiva en los asuntos de la región. Con la victoria armada de los sandinistas en Nicaragua, los niveles de violencia y contraviolencia crecieron rápidamente, involucrando toda la región".

LO QUE NO DEBIERA IGNORAR NINGUN DIRIGENTE POLITICO DEMOCRATICO

No podemos esperar que todos los gobernantes y dirigentes políticos centroamericanos estén familiarizados con la doctrina marxista-leninista. Pero al menos debemos exigirles que se den cuenta de cómo trabajan los que se inspiran en la cosmovisión leninista. La forma en que los comunistas persiguen ahora el triunfo de la revolución mundial, sujetando los países del Tercer Mundo a los designios del poder soviético es tan evidente, que no se necesita ser un gran internacionalista, ni un politólogo de nota, sino apenas una persona muy medianamente informada, para darse cuenta cabal de que los revolucionarios que se inspiran en esta cosmovisión no pueden actuar de buena fe cuando dicen colaborar con un movimiento de liberación nacional destinado a acabar con un régimen despótico, para sustituirlo por un gobierno democrático representativo.

La experiencia, que se repite en todas partes, es la de que una vez que los guerrilleros leninistas se infiltran en un movimiento que toma el poder en cualquier país, terminan acaparándolo para ellos solos, y desde el gobierno inician de inmediato un proceso de supresión de las instituciones democráticas, de politización de las fuerzas armadas, de eliminación del pluralismo partidista interno, y de total sometimiento de su política internacional al vasallaje soviético.

Que tal cosa iba a suceder en Nicaragua debió haber sido evidente para todos los gobernantes y dirigentes políticos que colaboraron al triunfo de los sandinistas. Y sólo los que no quieren aprender las lecciones más elementales de nuestra más re-

ciente historia, pueden hacerse la ilusión, o expresarla falsamente, de que no se repetiría el caso nicaraguense en El Salvador, en Honduras o en Guatemala, y después en Costa Rica y en Panamá, si triunfaran los movimientos guerrilleros sometidos a la dirección cubano-soviética.

El informe de la Comisión Kissinger coincide con este punto de vista, aunque lo expresa en términos más diplomáticos, cuando dice:

"LA SECUELA TOTALITARIA: Debido a las injusticias a que los insurgentes marxista-leninistas recurren son frecuentemente legítimas, una opinión popular sostiene que los líderes guerrilleros son los vehículos para la reforma. Ellos característicamente refuerzan esta creencia al invitar a dirigentes democráticos ingenuos a participar en un Frente Popular, cuidándose, sin embargo, de mantener en sus propias manos el monopolio sobre los instrumentos de la fuerza. Si los insurgentes fueran en realidad vehículos para el desarrollo y la democracia, el tema de la seguridad sería discutible, y la guerrilla no sería más el problema, sino la solución.

"Desafortunadamente la historia no ofrece bases para tal optimismo. Ninguna insurgencia marxista leninista basada en un 'frente popular' ha resultado ser democrática después de su victoria. Cuba y Nicaragua son ejemplos evidentes. Regímenes creados por la victoria de guerrillas marxista-leninistas terminan siendo totalitarios. Este es su propósito. Esta es su naturaleza, su doctrina y su historia".

INFLUENCIA NEGATIVA DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

Los socialistas europeos por medio de su vocero, la Internacional Socialista, se han convertido en los principales expositores de esa absurda tesis, según la cual, en América Central y el Caribe, los guerrilleros leninistas son el mejor vehículo del progreso económico-social de nuestros pueblos.

Los miembros de esa Internacional sostienen con ardor la tesis de que Latinoamérica no puede desarrollarse mientras campeé el "imperialismo yanqui", al que señalan como causante del subdesarrollo que sufren los latinoamericanos, y, a su vez, del enriquecimiento de Estados Unidos. Esta tesis, que no resiste un análisis serio, subconscien-

temente les sirve a los socialistas europeos como justificativo de su propio rezago con respecto de la que es hoy la primera potencia política, económica y militar de Occidente. Y la acogen como fácil excusa los políticos latinoamericanos populistas, quienes no quieren reconocer que nuestro subdesarrollo es producto de nuestros propios defectos, que podemos y debemos superar si comenzamos por reconocerlos.

Basados en su falsa concepción del imperialismo yanqui, los socialistas europeos actúan como si la revolución emancipadora de Latinoamérica debiera ser, sobre todas las cosas, enemiga del poder estadounidense, aunque para ello sea necesario abrazar el leninismo y construir Estados totalitarios sometidos al vasallaje soviético (como ha sucedido en Cuba y en Nicaragua), lo que, desde luego, los socialistas europeos no quieren para sus propios países.

Es por ello que resulta tan perniciosa la influencia de la Internacional Socialista sobre los partidos políticos latinoamericanos afiliados a esa organización.

NO HAY DESARROLLO SIN PAZ Y SIN LIBERTAD

Los políticos populistas de la región, por otra parte, pretenden que la crisis centroamericana se resuelva mediante una ayuda económica masiva de Estados Unidos, a quien al mismo tiempo exigen que no ponga condiciones a su asistencia. Esa es la tesis que esgrimieron ante la Comisión Kissinger, y es, en el fondo, la que alienta muchas decisiones del llamado Grupo de Contadora, varios de cuyos gobiernos están dominados por esos políticos populistas seguidores de la Internacional Socialista.

Pero es evidente que están equivocados. La seguridad política para el ejercicio de la libertad es condición esencial al éxito de cualquier plan de desarrollo económico-social de Centroamérica. Por lo tanto, la Comisión Kissinger hizo muy bien en no avocarse al estudio de programas meramente económicos y sociales, sin darle igual prioridad a los problemas de la seguridad política en libertad, de los centroamericanos y de los propios Estados Unidos. Porque, ¿quién va a invertir los ahorros domésticos o los recursos extranjeros indispensables para incrementar la producción centroamericana, cuando no se le dejó trabajar en paz, cuando sabe que puede ser secuestrado o asesinado, o cuando

teme que su fábrica o sus plantíos pueden ser nacionalizados o arrasados o incendiados? Y sin esas inversiones reproductivas, ¿dónde van a encontrar trabajo decente y bien remunerado los millares de ciudadanos que, en condiciones pacíficas y de libertad, constituyen la fuerza de trabajo indispensable para el progreso?

La respuesta objetiva a estos interrogantes la ha venido distorsionando la poderosa maquinaria del comunismo internacional. Explotando el hambre y la injusticia social que sufren muchos pueblos de la región, los inducen a creer que su salvación está en abrazar el marxismo-leninismo, que ofrece la falsa solución del Estado totalitario.

Pero es evidente, por la experiencia mundial, y en nuestro hemisferio, por la experiencia cubana y ahora de Nicaragua, que el totalitarismo leninista no soluciona los problemas del subdesarrollo. Por el contrario, sólo produce más pobreza, menos justicia social, y una tétrica sumisión del ser humano a la tiranía de la Nueva Clase privilegiada —la clase de los jerarcas del partido único—, mucho más opulenta que las más opulentas oligarquías que antes dominaban los países del Caribe.

El desarrollo económico acelerado, y la consiguiente reforma social que requiere Centroamérica y el Caribe, no se puede alcanzar en un clima de guerra y de subversión. La paz es indispensable para solucionar los problemas de la pobreza y de la injusticia. Y esa paz no puede lograrse en Centroamérica mientras exista en Nicaragua el régimen totalitario sandinista, por cuyo medio pretende el poder soviético extender su influencia, utilizando como armas la subversión y el terrorismo. Tampoco se puede lograr esa paz mientras los guerrilleros del Frente Farabundo Martí tengan opción a tomar el poder en El Salvador.

CONTADORA Y LA OPCION MILITAR EN CENTROAMERICA

La opción militar en la crisis centroamericana no ha sido soslayada por el gobierno de Estados Unidos. Porque abandonar la resistencia militar a la ofensiva del poder soviético sobre la América Central, sería derrotar de antemano los esfuerzos que para detener esa ofensiva realiza la administración Reagan simultáneamente en el campo diplomático y en el económico.

La Comisión Nacional Bipartidista, revelando toda la agudeza que como diplomático maneja

su presidente, el doctor Henry A. Kissinger, sostuvo al respecto:

"Un país (como Estados Unidos) puede proyectar su poder sin necesidad de usar la fuerza en un encuentro militar real. Sin embargo, es una regla básica del arte de la política que la consideración de los riesgos es el catalizador de la diplomacia. En este caso, sólo podemos esperar que la diplomacia tenga éxito, si a los que pretendemos persuadir les hacemos entender que hay circunstancias en las cuales el uso de la fuerza militar por parte de los Estados Unidos o de otros, podría ser necesario como último recurso". (Pág. 142 del informe, Editorial Diana, México. 1944).

Pese a las alabanzas que en forma casi ritual se expresan diariamente sobre la labor diplomática del Grupo de Contadora, es lo cierto que su enfoque de la crisis centroamericana es totalmente equivocado, y que por ello no puede descartarse la opción militar.

En Nicaragua, el Grupo de Contadora parte del error de ignorar que el conflicto en que está envuelto el sandinismo es fundamentalmente interno, y que, de ninguna manera, se ha originado en la animadversión de sus vecinos centroamericanos, ni menos de Estados Unidos.

El pueblo de Nicaragua quería libertad, progreso económico y justicia social. Por esa razón se alzó en armas contra el régimen dinástico de los Somoza. Pero los comandantes sandinistas, entrenados, armados y adoctrinados en Cuba, traicionaron la revolución libertadora. En vez de libertad política, construyen aceleradamente un Estado totalitario semejante al de Cuba. En vez de desarrollo económico, han ahondado la pobreza del pueblo nicaragüense. En vez de justicia distributiva, han creado una nueva clase privilegiada —la nomenclatura sandinista— que usufructúa en su propio beneficio los recursos de que priva a la mayoría de los nicaragüenses.

Porque se traicionó la revolución libertadora es por lo que los demócratas nicaragüenses han iniciado de nuevo la lucha armada. Y lo han tenido que hacer desde afuera, porque dentro de su país, sometido al control totalitario de los sandinistas —como sucede en cualquier otro régimen leninista— es prácticamente imposible levantarse en armas contra el tirano.

Los combatientes por la libertad de Nicaragua requieren necesariamente asistencia militar foránea. De lo contrario, ¿cómo podrían batallar contra quienes controlan el aparato del poder en su país, que se alimenta de caudalosa ayuda militar proporcionada por el poder soviético a través de Cuba, Libia y Alemania Oriental?

Dentro del criterio de que no es posible abandonar la opción militar frente al régimen sandinista, sostiene la Comisión Kissinger:

"Un esfuerzo exitoso de contrainsurgencia (militar) no es un sustituto para las negociaciones. Pero tal esfuerzo —lo más rápido mejor— es una condición necesaria para una solución política". (Pág. 129 del Informe).

Con base en el enfoque errado, o deliberadamente falso de lo que sucede en Nicaragua, los del Grupo de Contadora sostienen que la solución está en negociar tratados bilaterales de amistad y no agresión con los países que suponen adversan a Nicaragua: El Salvador, Honduras, Guatemala, Costa Rica, y, sobre todo, Estados Unidos de América. Semejante solución traería dos resultados adversos: (a) Eliminaría la ayuda externa que necesitan quienes luchan por la libertad de Nicaragua; y (b) Consolidaría el régimen totalitario sandinista, permitiéndole su legitimación aparente mediante el recurso de elecciones fraudulentas.

En El Salvador sucede lo contrario de lo que acontece en Nicaragua. En esa nación, víctima de la injusticia social y de la violencia de los escuadrones de la muerte, se está desarrollando una agresión exterior, auspiciada por la Unión Soviética y dirigida por sus satélites cubano y sandinista. Pero los del Grupo Contadora, aceptando como cierta la mentirosa propaganda del Frente Farabundo Martí, enfocan el problema como si se tratara de un levantamiento interno. Por ello, al revés de lo que hacen en Nicaragua, los del Grupo Contadora no proponen seriamente que cese la ayuda externa a los rebeldes salvadoreños, sino que, más bien, proponen que el gobierno producto indirecto de las primeras elecciones libres verificadas en ese sufrido país, negocie con las guerrillas del Farabundo Martí la instalación de un gobierno compartido, pese a que esas guerrillas no han sabido ganarse su derecho a la participación en el poder, ni en los campos de batalla ni menos en las urnas electorales.

Por ello las soluciones propuestas por el Grupo de Contadora, que parten de un enfoque falso

de la realidad centroamericana, no pueden producir la ansiada paz en la región. No hay solución posible si los arreglos diplomáticos dejan en pie, con plena fuerza y vigencia política y militar, a regímenes cuya base ideológica es promover y extender la subversión política en las regiones de su enclave.

Esto lo sabe la administración Reagan. Por eso, sin hacerle abierta oposición a los planes diplomáticos, que en el fondo son planes entreguistas, mantiene sus tropas en países amigos amenazados como Honduras, sus asesores militares en El Salvador y su apoyo a los combatientes que en Nicaragua luchan por la libertad y la independencia.

NO PUEDE HABER ELECCIONES LIBRES SIN PROCESO ELECTORAL LIBRE

Justificar un fraude electoral es peor que declararse enemigo de las elecciones. Porque lo primero significa corromper las instituciones democráticas para dar apariencia de libre expresión a la voluntad popular a lo que no es sino la imposición de un pequeño grupo dictatorial. Mediante ello se busca eliminar las presiones que sobre los tiranos ejercitan los que creen en la sociedad libre. Por ello, quienes formando parte de un gobierno democrático extranjero aceptan el fraude electoral, no sólo ayudan a burlar la voluntad de los pueblos defraudados con el sufragio impuro, sino que también traicionan la causa democrática en sus propios países.

Es necesario hacer este planteamiento frente al anuncio de las elecciones presidenciales y de constituyentes que hipócritamente han hecho los comandantes sandinistas, al paso que proclaman su rechazo al "sistema burgués" de consulta popular.

La causa determinante de esta convocatoria a elecciones, la encontramos en la liberación de Granada por la acción combinada de las fuerzas armadas de Estados Unidos y de varios Estados isleños del Caribe. Y la razón por la cual las elecciones serán fraudulentas, la encontramos en la naturaleza totalitaria leninista del régimen que las convocó. No hay un solo ejemplo, desde que los bolcheviques tomaron el poder en 1917, en que un régimen leninista celebre elecciones libres, y se someta al veredicto de la mayoría popular.

La acción de Granada demostró que cuando la superpotencia occidental se decide a actuar en defensa de su seguridad amenazada y en favor de la democracia, ni Cuba ni la Unión Soviética se atre-

ven a intervenir. Y que tal acción, lejos de violar la autodeterminación de los granadinos, la está fomentando, permitiéndole la libre expresión que habían suprimido los leninistas criollos.

La decisión de celebrar un sufragio espúreo en Nicaragua se explica en el deseo de dar apariencias que eviten una repetición de lo sucedido en Granada, contando para ello con la actitud complaciente del Grupo de Contadora, que nunca ha demandado la democratización efectiva del régimen sandinista.

Para constituir un régimen democrático, sobre todo cuando se trate de sustituir una dictadura, no basta con celebrar elecciones presidenciales y de Asamblea Constituyente. **Es indispensable que esas elecciones estén precedidas de un verdadero proceso electoral libre.** Proceso que exige, dentro de las circunstancias actuales de Nicaragua, por lo menos las siguientes medidas: Amnistía efectiva para todos los que están combatiendo contra la dictadura sandinista; libre participación de todos los partidos políticos; separación cabal del partido oficial y del Estado; garantía de seguridad para todos los líderes de la oposición, incluyendo, desde luego, a los actuales combatientes; igualdad de oportunidades para utilizar los medios de comunicación colectiva; eliminación de la censura previa a la libre expresión del pensamiento; despolitización absoluta de las fuerzas armadas y de la policía; y libertad de los ciudadanos para entrar y salir del país y para trasladarse a cualquier lugar dentro de su territorio.

Si no se dan estos requisitos mínimos desde varios meses antes de las elecciones, éstas se convertirán en una farsa que sólo servirá para darle apariencia de legitimidad democrática a un gobierno que, en realidad, será impuesto por la minoría dictatorial sandinista contra la voluntad popular nicaragüense.

El Grupo de Contadora no ha demandado en ningún momento la celebración de elecciones libres en Nicaragua, ni ha respaldado las que se celebraron y van a celebrarse en El Salvador. Se ha limitado a hacer recomendaciones muy generales de democratización en Centroamérica, negándose a aceptar que el problema central lo constituye la existencia de un régimen totalitario leninista en Nicaragua.

Ahora que, por táctica, los comandantes sandinistas han ofrecido convocar al sufragio popular,

lo menos que podrían hacer los de Contadora es demandar garantías efectivas y verificables de que se dará en Nicaragua un proceso electoral realmente libre.

De lo contrario, si aceptan los comicios sandinistas sin las precondiciones indispensables para su validez, los del Grupo Contadora acumularán a sus errores de enfoque sobre el problema centroamericano, el pecado de darle legitimación electoral democrática a lo que no será sino la prolongación de la dictadura sandinista.

¿QUE HACER ANTE EL FRACASO DE CONTADORA?

De lo expuesto se deduce claramente que, en mi concepto, el Grupo de Contadora, lejos de resolver la crisis centroamericana, tiende a agravarla. Porque repito, si se consolida el régimen totalitario de Nicaragua (uno de los objetivos primordiales de Méjico al proponer la formación del Grupo) se consolidará en territorio centroamericano una base de subversión del poder soviético, que indudablemente irradiará sus nocivos efectos a los vecinos, como ya lo está haciendo en El Salvador. Honduras se ha defendido hasta ahora con la masiva ayuda de Estados Unidos, fortaleciendo sus fuerzas armadas. Costa Rica ha pretendido hacerlo con su Proclama de Neutralidad, que carece de validez jurídica y que frente a la agresividad sandinista resulta inclusive un pobre instrumento de propaganda para el gobierno que la proclamó.

RECURSO DE LA OEA

Lo que se impone, en vista de la ineficacia de Contadora, es volver a llevar el conflicto interno de Nicaragua a conocimiento de la OEA. Recuérdese que durante la guerra civil de 1978-79, se consideró que la rebelión contra la dinastía Somoza y la reacción represiva del régimen constituía una amenaza para la paz. Ello dio lugar a la convocatoria de la XVII Reunión de Consulta, que, tras largos debates, tomó la famosa resolución del 23 de junio de 1979, que en lo conducente dice:

CONSIDERANDO:

Que el pueblo de Nicaragua sufre actualmente los horrores de una cruenta lucha armada que está causando inmensos sufrimientos y pérdidas de vida y ha llevado al país a una grave convulsión política, social y económica; Que la conducta inhumana del régimen

dictatorial imperante en ese país. . . es la causa fundamental de la dramática situación que atraviesa el pueblo nicaragüense; Que el espíritu de solidaridad que inspiran las relaciones hemisféricas torna ineludible la obligación de los países americanos de realizar todos los esfuerzos a su alcance para que se ponga fin al derramamiento de sangre y se evite que la prolongación de este conflicto continúe perturbando la paz del Continente;

DECLARA:

. . . que la resolución del problema debería inspirarse en las siguientes bases:

- 1.— Reemplazo inmediato y definitivo del régimen somocista;*
- 2.— Instalación en el territorio de Nicaragua de un gobierno democrático, cuya composición incluya los principales grupos opositores al régimen. . . y que refleje la libre voluntad del pueblo de Nicaragua;*
- 3.— Garantía de respeto de los derechos humanos de todos los nicaragüenses, sin excepción;*
- 4.— Realización de elecciones libres a la brevedad posible, que conduzcan al establecimiento de un gobierno auténticamente democrático que garantice la paz, la libertad y la justicia.*

RESUELVE

- 1.— Instar a los Estados miembros a realizar las gestiones que estén a su alcance para facilitar una solución duradera y pacífica del problema nicaragüense sobre las bases señaladas. . .*
- 2.—*
- 3.— Mantener abierta la XVII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores mientras subsista la presente situación.*

Esta histórica resolución cobra de nuevo vigencia, porque Nicaragua sigue sufriendo los horrores de una dictadura que irrespeta los derechos humanos, y porque el pueblo nicaragüense está otra vez "empeñado en una cruenta lucha armada que

está llevando al país a una grave convulsión política, económica y social".

En 1978-79, la existencia de una cruenta guerra civil en Nicaragua, producto de la legítima sublevación popular contra una dictadura que violaba todos los derechos humanos, justificó la convocatoria a la XVII Reunión de Consulta, donde se produjo la trascendental resolución en comentario.

Con los mismos argumentos podemos afirmar que, en 1984, la existencia de una cruenta guerra civil en Nicaragua, producto de una legítima sublevación popular contra una dictadura que viola todos los derechos humanos, y que, además, está sometida a los intereses expansivos de una superpotencia extracontinental, justifica que la XVII Reunión de Consulta vuelva a examinar el grave problema, e inste a sus miembros a solucionarlo con las mismas bases expuestas en su resolución del 23 de junio de 1979.

Cuando se tomó esa actitud sostuve públicamente que la resolución de la XVII Reunión de Consulta, pese a su histórica importancia, adolecía de un grave defecto: el de haber soslayado las posibilidades de una participación realmente efectiva de la OEA para asegurar que se cumplieran los postulados comprendidos en su declaración.

El paso que omitió la Reunión de Consulta fue el de haber creado una fuerza latinoamericana de paz, que colaborara con el gobierno que habría de sustituir a la dictadura, en la tarea de pacificar el país, crear unas fuerzas armadas nacionales sometidas al poder civil, y preparar la celebración de elecciones libres, para que los nicaragüenses pudieran darse un gobierno realmente representativo de su voluntad popular. O sea que en esta ocasión, la OEA omitió el gran paso que dio en 1965 en la República Dominicana, cuando la fuerza interamericana de paz colaboró con el gobierno provisional al establecimiento del régimen democrático de que hoy goza la nación dominicana.

Por no haberse enviado esa fuerza latinoamericana de paz a Nicaragua, la resolución del 23 de junio quedó trunca. Se derrocó el régimen de Somoza, pero, lo más importante, dejó de cumplirse. En vez de sustituir la dictadura dinástica por un régimen democrático representativo y pluralista, quienes controlaban el poder militar revolucionario sustituyeron la dictadura somocista por un régimen totalitario, despótico, en que las fuerzas armadas pertenecen al partido político de los coman-

dantes y por ello están sobre el poder civil, y en el que la política exterior se puso, desde el primer día, al servicio de Cuba, y, por su intermedio, de la Unión Soviética.

No me hago ilusiones de que en este momento, y sin un proceso previo de preparación, sea posible que funcione de nuevo la XVII Reunión de Consulta, para que, a la luz de los principios que sentó en junio de 1979, examine la situación nicaragüense de 1984.

Esa es la tarea que debía haber emprendido el Grupo de Contadora, si hubiera analizado con

objetividad cuál es la causa del conflicto bélico que vive Nicaragua y que amenaza el resto de Centroamérica.

Descartada, como ha quedado, cualquier acción pacificadora efectiva de ese Grupo de Contadora, es necesario buscar cuáles gobiernos de América están en capacidad de iniciar en la OEA el proceso que habrá de culminar con una nueva resolución de la XVII Reunión de Consulta. Una resolución que, basada en la del 23 de junio de 1979, otorgue esta vez al sufrido pueblo de Nicaragua el apoyo necesario para darse el gobierno democrático representativo y pluralista que tanto anhela.

CARLOS FONSECA GONZÁLEZ

Doctor en Derecho, Profesor voluntario de la Universidad de Justicia y actual Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica.